

El hombre médico. Conferencia Miguel F. Jiménez de la Academia Nacional de Medicina

José Jesús Villalobos-Pérez*

La Academia Nacional de Medicina, dentro de sus múltiples aciertos, ha instituido la Conferencia Miguel F. Jiménez en la Sesión dedicada al ingreso de nuevos académicos.

Nada mejor que rendirle homenaje con el ingreso de nuevos elementos, que por sus méritos han sido aceptados en esta corporación.

Recordar al maestro y recibir y estimular a los nuevos académicos, amerita hacer reflexiones profundas para homenajearlos.

Hemos escuchado en conferencias previas magníficas consideraciones y delicados análisis de nuestra medicina, desde el punto de vista científico y desde el punto de vista humano. Todos estos elementos me llevaron a analizar, al hombre-médico, este binomio indisoluble que nos sella con características que nos deben estimular y encauzar para realizar nuestra labor profesional.

Lo aquí expuesto, no es un análisis personal, es un análisis y un juicio de lo que debiera ser, basado en parte en la experiencia y sobre todo en la observación, e incluso diría yo en la contemplación de figuras de la medicina que nos han precedido o que existen en la actualidad.

El hombre, cuando llega a la edad en la cual advierte que tiene una misión que desempeñar en beneficio de la sociedad y en beneficio propio, y que debe realizarla a costa de un gran y sostenido esfuerzo, está en la época en la que analizando sus aptitudes, su ambiente y sus posibilidades, se decide a seguir su vocación. Sin embargo la vocación

no es un fenómeno que el individuo siempre vislumbra en forma clara y definida. Muchas veces el hombre decide seguirla carrera de medicina bajo el influjo de las circunstancias: la admiración hacia un médico, el consejo de la familia, el deseo del triunfo profesional para servir, y en otras ocasiones con fines mezquinos: para enriquecerse (falsedad absoluta cuando se es verdaderamente médico), para adquirir poder, para gozar de admiración y alabanzas; visión egoísta, no escasa ni excepcional.

El hombre, tarde o temprano admirado de los propios descubrimientos de la humanidad y de su poder, se plantea con frecuencia los angustiosos problemas de la actual situación del mundo, de su propio papel y cometido en el universo, del sentido de su esfuerzo individual y colectivo, del destino último de las cosas y del hombre. La humanidad se encuentra hoy en una nueva etapa de su historia, caracterizada por cambios profundos y acelerados que progresivamente se extienden al universo entero. Estos cambios nacidos de la inteligencia y del trabajo vuelven a incidir sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos, individuales y colectivos; sobre su modo de pensar y de reaccionar ante las cosas y ante los hombres. De ahí que podamos hablar hoy de una técnica de transformación social y cultural. De esto se deriva que el hombre debe establecer un orden, una jerarquía en conciencia: de su acción, orientada cada vez más al servicio del ser humano a ayudar a los demás a afirmarse y a cultivar su propia dignidad. Por otra parte el hombre también debe ser

* Académico titular

Correspondencia y solicitud de sobretiros: Departamento de Gastroenterología, Instituto Nacional de la Nutrición "Salvador Zubirán", Vasco de Quiroga No. 15, Sección XVI, 14000 México, D.F.

capaz de conocer sus limitaciones, si bien es cierto que tiene una ilimitada capacidad de desear, se ve obligado a hacer una continua elección de actitudes y a renunciar a muchas posibilidades.

El hombre, al plantearse el dilema de su vocación se plantea varias interrogantes: ¿qué es el hombre? ¿cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte? ¿qué puede dar el hombre a la sociedad?, ¿qué puede esperar de ella? ¿cuál va a ser la orientación y el fin de su vida como hombre o como médico?

¿Qué es el hombre?: el hombre se ha definido de muchas formas y se siguen dando nuevas y variadas definiciones en ocasiones contradictorias: unas veces se exalta como la regla absoluta de todo, otras se deprime hasta la desesperación; de ahí sus dudas y sus ansiedades. El mismo busca una respuesta en la que describa su verdadera condición humana, que explique sus debilidades, y al mismo tiempo que pueda reconocer rectamente su dignidad y su vocación.

"El hombre es un ser dotado de inteligencia y libertad con voluntad para decidir sus actos en su ambiente, y con la capacidad de realizarse vida de acuerdo con sus facultades".

Si logra este fin, se ha realizado, si no lo intenta o no lo logra, ha fracasado.

El hombre como especie es, por su misma naturaleza aun sersocial; sin relacionarse con otros no puede desarrollar sus propias cualidades.

De la índole social del hombre se sigue con claridad el desarrollo de la persona humana, de su crecimiento y el de la propia sociedad ya que están mutuamente condicionados, dado que el principio, el sujeto y el fin de toda institución social es la persona humana.

De los vínculos sociales que son necesarios para su desarrollo tales como la familia y la comunidad en la que se desarrolla unos son inherentes a su ambiente natural, otros proceden de su libre elección como es su relación y su integración en el ambiente universitario, profesional y académico, y que tienen tantas interdependencias. En estos ambientes, si la actuación del hombre, es sincera y recta, puede dar frutos fecundos y provechosos, pero, si predomina la soberbia y el egoísmo hay una perversión en el ambiente social de mayor o menor trascendencia, de acuerdo con la influencia del hombre.

Sin embargo, siesta interdependencia, cada día más estrecha, que debe irse cultivando en todos sus aspectos positivos, se va extendiendo poco a poco a todo el mundo, se sigue el bien común que implica los derechos y obligaciones entre todas las personas y agrupaciones sociales. Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y el legítimo deseo de los otros grupos. Más aún, el bien común de toda la familia humana.

Por consiguiente, el orden social y sus procesos deben derivar siempre hacia el bien de las personas. Ese orden se ha de desarrollar día con día, se ha de fundamentar en la verdad, se ha de construir en la justicia y ha de aumentar con el aprecio del hombre por el hombre; pero para lograr estas conquistas, se ha de renovar antes en la mente humana la necesidad y la obligación de participar en las profundas modificaciones que la sociedad requiere, y en las que el hombre debe dar la mano al hombre, (como señalara el maestro Ignacio Chávez).

La naturaleza intelectual del hombre debe perfeccionarse con el estudio, y la adquisición de la ciencia y del arte, que actúan suavemente en la mente humana hacia la búsqueda de la verdad y del bien, únicos valores ante los cuales se puede inclinar el hombre sin menoscabo de su dignidad.

Dentro de su dignidad, el hombre descubre el fondo de su inteligencia una ley que no se da a sí mismo y a la cual debe obedecer, y cuyas voces suena oportunamente en los oídos de su corazón, invitándolo a obrar con rectitud, a evitar el mal, a amar. La conciencia es como un núcleo recóndito, donde tiene cita a solas el hombre con sí mismo, cuya voz resuena en lo más íntimo de él. Para orientarlo a actuar en condiciones de duda o dificultad.

El ser humano no puede entregarse al bien si no dispone de su libertad: plena libertad que no constituye una licencia para realizar todo aquello que le agrada, sino aquello que es bueno para él y para la sociedad. La dignidad del hombre requiere que obre según su libre y consciente elección, movido e inducido personalmente, desde dentro, no bajo un impulso ciego o una mera coacción externa. Tal dignidad la obtiene cuando se libra del egoísmo, del convencionalismo, cuando busca su fin en la libre elección de la verdad y para ello se procura, las oportunas ayudas (reflexiones sobre sus conocimientos, sus experiencias y sus consejos. El hom-

bre debe ante todo conocerse a sí mismo como señalaba Sócrates.

Cuando el hombre, situado ante su realidad en el mundo y sus compromisos y obligaciones ante él y la sociedad, decide seguir la carrera del médico, debe de hacer varias consideraciones.

Siempre es necesaria en el médico la obligación de sentirse absolutamente hombre frente a cualquier hombre y de servirle activamente cuando se presenta la oportunidad de hacerlo, trátase de quien se trate.

El campo del médico no es limitado, su influencia puede ser muy grande por medio de los puestos directivos que pueda ocupar en su vida; por lo tanto, tendrá que actuar como hombre, como médico ante todos los delitos que se opongan a la misma vida, los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia; todo lo que viola la integridad de la persona humana como: la mutilación, las torturas corporales o mentales, los intentos de coacción mental; todo lo que ofende la dignidad humana como las condiciones inhumanas de vida, ciertas condiciones ignominiosas de trabajo, de alimentación, de habitación. Siempre hay que tomar en cuenta la igualdad esencial entre todos los hombres y la justicia social.

La profunda y rápida metamorfosis del mundo pide urgentemente que no haya uno solo que despreocupado de la marcha de los tiempos, o que indolente en su inercia se entregue a una ética meramente individualista. El deber de justicia y el humanismo los cumple el hombre cada día mejor, si contribuyendo al bien común de acuerdo con su propia capacidad y con las necesidades de los demás, promueve, favorece también las instituciones públicas o privadas que a su vez sirven para transformar y mejorar las condiciones de vida del hombre.

La educación, y me refiero fundamentalmente a la educación de los jóvenes sea cual fuere su origen social, debe ser orientada de modo que se formen hombres y mujeres que no sólo sean personas cultas sino con un gran amor por el género humano que reclama urgentemente nuestro tiempo.

Pero este sentido de responsabilidad difícilmente surgirá en el hombre a no ser que las condiciones de vida le permitan ser consciente de su propia dignidad. La libertad humana generalmente se debilita cuando el hombre cae en la extrema pobreza,

del mismo modo que se envilece cuando dejándose llevar por una vida excesivamente cómoda se encierra en una especie de dorado aislamiento; por el contrario, se robustece cuando el hombre acepta las insoslayables necesidades de la vida social, se hace cargo de las múltiples exigencias de la asociación humana y se compromete al servicio de la comunidad, por lo tanto hay que estimular en todos la voluntad, y en especial en el médico, la voluntad de asumir las responsabilidades que le corresponden en el medio en que se encuentre.

Se puede legítimamente pensar que el porvenir de la humanidad está en las manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y para actuar.

El compromiso adquirido implica una entrega casi total a la formación del hombre médico.

En tal formación debe existir el ideal de ser el mejor o encontrarse entre los mejores en cuanto a dicha formación. Esto no implica un deseo de sobresalir por un egoísmo narcisista; implica el deseo de ser o estar entre los mejores, para adquirir en forma más profunda y más consciente los conocimientos necesarios para su formación, con la idea de aplicarlos y transmitirlos a los pacientes, a los alumnos y a otras generaciones. Esto lleva implícito un gozo y una satisfacción de ir conociendo aquello que queremos saber. El toque humano de la enseñanza, en contacto con el maestro es una parte importante de la formación del médico. Un buen médico es aquel que admira a su maestro, y tiende a seguirlo y a actuar como él lo hace. Esta formación y este contacto con él nunca debe desaparecer, la tutoría aunque sea transitoria, debe de existir y debe de buscarse. Estoy seguro que muchos de nosotros hemos tenido la fortuna de haber tenido maestros que han contribuido de una manera definitiva en nuestra formación.

Esta formación en la universidad, nos va a permitir el saber hacer, parte esencial de nuestra formación, pero además debemos de aprender a saber actuar, en forma lógica y humana en todas las circunstancias.

Pero al ir adquiriendo estos conocimientos, al irse internando el médico en el campo de las ciencias básicas (de la anatomía, de la histología, de la fisiología, de la bioquímica), se va dando cuenta que la medicina requiere de todas las ciencias para su comprensión, de las ciencias exactas

como las matemáticas y la física (de las ciencias biológicas, de las ciencias sociales), ya que todas están relacionadas. Los elementos químicos, las unidades orgánicas y genéticas, las moléculas, las células, los tejidos y los órganos en forma separada, no le van a permitir conocer al hombre de manera global. Es como si se conocieran las piezas de un motor y no se conociera nunca al motor mismo. El mundo, la vida y el hombre, no se pueden comprender si no se tiene una idea integral de todos estos elementos. La neurona no explica la función cerebral, un órgano por sí solo no permite conocer al organismo. El conocimiento del organismo debe requerir el conocimiento del hombre y esto implica comprender al hombre en forma global y a la sociedad. Esto, al ir avanzando en la carrera y al concluir con este período de formación, le va a exigir una orientación más definida y de acuerdo con la gran extensión actual de la medicina, dedicarse a una disciplina dentro de la profesión.

El mundo actual exige no solamente de especialistas competentes eficaces y capaces de progresar, sino también de hombres instruidos, inventivos, capaces de establecer analogías que puedan llevar a la creatividad, y la profesión.

Pero al mismo tiempo que el hombre va adquiriendo su preparación profesional, debe de ir completando su conocimiento sobre otras actividades que lo integran como hombre profesionalista, como hombre médico, es decir, conocer aunque sea en algunas de sus partes esenciales el mundo del arte, de la literatura, de la filosofía, es decir, la cultura en todos sus aspectos, que no es simple ornamento de la persona, sino que constituye la base de su formación. El espíritu crítico debe de estar continuamente activo en el hombre, dice Jean Hamburger: "Debe existir la profundidad del análisis y el arte de la síntesis, debe desarrollar una lógica robusta, un juicio sano, una curiosidad siempre alerta, saber poner en orden los conocimientos adquiridos, saber distinguir lo importante de lo accesorio, saber comunicar las conclusiones con claridad, no aceptar menos, decidirse, actuar en esta forma y en este camino".

Sin embargo, lo anterior representa una dificultad en la organización de los programas de enseñanza. Muchos de ellos, jerarquizados y organizados de acuerdo con sus relaciones y progresión en cuanto al conocimiento de la medicina, pero siem-

pre deben de estar planificados dentro de las características y las necesidades de nuestra sociedad y de nuestro mundo.

La medicina es una ciencia y es un arte y de acuerdo con ello, el hombre siempre debe estar dispuesto para adquirirlas. La aplicación del conocimiento de esta ciencia, en el terreno práctico de la investigación, de la enseñanza y de la clínica, implica el arte del análisis de sus conocimientos teóricos y el de su aplicación.

Para poner un ejemplo recurriré al arte del diagnóstico que esta constituido por dos tiempos:

El tiempo de la documentación, de la captación, de la investigación para valorar los signos y los síntomas. No se puede ser buen médico sin una buena semiología. El interrogatorio precede al examen y es un momento delicado en los cuales no solamente la ciencia y el conocimiento son suficientes ya que hay otros aspectos importantes como el contacto psíquico entre el enfermo y el médico, la evaluación del enfermo en su ambiente, su modo de vida, su personalidad, sus antecedentes, elementos que son necesarios para conducir adecuadamente el interrogatorio. Este orienta al diagnóstico y muchas veces es suficiente para establecerlo. El interrogatorio es un arte decía Hipócrates.

El examen clínico debe estar orientado en función del interrogatorio y puede muchas veces también hacer sospechar o precisar el diagnóstico. Los exámenes complementarios biológicos, radiológicos, de imagen en general, citológicos o histológicos vienen a confirmar el diagnóstico.

El segundo tiempo del diagnóstico. Es un momento difícil, en el cual la inteligencia y la facultad de establecer una relación lógica de los elementos reunidos, juega un papel esencial.

Para esto se requiere ya cierta experiencia y la relación lógica. Los dos tiempos del diagnóstico son separados; después de haber interrogado y examinado al paciente viene la evaluación, después del análisis viene la síntesis. Hay otros casos en los cuales se hace el diagnóstico cuando aparece el paciente, cuando abre la boca, cuando se aprecia su aliento. Esto es un acto de intuición que indudablemente está ligado a la experiencia pero que no es frecuente y del cual debe cuidarse el médico y no actuar con precipitación tratando siempre de precisar el diagnóstico.

El arte del tratamiento

El tratamiento va a depender del diagnóstico establecido y va a requerir de una evaluación adecuada para administrar el medicamento más efectivo, con el mínimo o sin ningún riesgo, en la forma más adecuada, con un costo razonable y por un tiempo determinado. El médico debe explicar razonablemente al paciente su enfermedad, adecuando esta explicación a la cultura del enfermo, a su estado psicológico, a su responsabilidad cuando se trata de un pronóstico grave o fatal, debe tratar de explicarlo al paciente de la manera más razonable y humana; o en caso de que por su edad, por su actitud psicológica o por su carácter se considere que no es conveniente decirlo en forma clara, debe recurrir a un pariente cercano responsable para plantearle el problema.

Quisiera volver sobre un aspecto del hombre médico, con relación en la preparación ideal del hombre que va a ser médico.

Hasta el siglo pasado e inclusive en varios países durante la primera mitad de este siglo, la formación humanística del universitario constituía una base, una infraestructura importante para su orientación durante toda la carrera.

Si bien es cierto que el aprendizaje del latín y del griego eran bases importantes para el estudio y la comprensión de los clásicos, la filosofía, la historia y la literatura constituían, y aún constituyen elementos importantes para la formación del hombre: éste generalmente no recibe una orientación para una formación humanística. Si bien es cierto que no se le enseña al estudiante el por qué existe la necesidad y la conveniencia de esta preparación, considero que una de las principales funciones del maestro es inculcar en el estudiante el amor y el reconocimiento de la utilidad de estos estudios. En el aspirante a la carrera de medicina debería de practicarse un examen básico, en el campo de las humanidades, además del examen necesario para valorar las bases que tenga sobre las ciencias biológicas. Lo ideal sería despertar en el estudiante de medicina y en el médico ese anhelo, ese deseo por integrarse a su profesión con estos conocimientos. La literatura, el arte, los idiomas, la historia, la filosofía, caben dentro de la carrera del médico y de su vida como profesionista. Constituyen un alimento y una educación continua que se saborea y se

vive, que proporciona experiencia, que amplía su cultura, que permite una acción más humana y más completa del médico.

L. Landouzy (1845-1917) era un ardiente defensor del humanismo y describía: "yo estimo que la educación clásica debe ser para el médico, una fuerza más que un adorno, y pienso que ésta educación forja los cerebros y los juicios para integrar una medicina completa, e integrar en la misma la ciencia y el arte de la profesión".

Luis Pasteur y Claudio Bernard formaron parte de la Academia Francesa al mismo tiempo que de la Academia de Ciencias, por su profunda formación humanística al lado de su talento científico.

En nuestra patria hay también grandes figuras que al lado de su paso y su actuación fructífera en la Academia de Medicina, estuvieron en otros centros de cultura como el Colegio Nacional y otras corporaciones con amplia acción cultural.

Cuántos de nuestros maestros han seguido esa trayectoria y han tenido esa brillante actuación. Para mencionar algunos de los que fueron mis maestros y con quienes tuve mayor contacto recuerdo a los maestros: Salvador Zubirán, Ignacio Chávez, Bernardo Sepúlveda, Isaac Costero, Manuel Ortega Cardona, Clemente Robles. Quiero recordar unas frases del ideario del maestro Ignacio Chávez, mencionado por el maestro Bernardo Sepúlveda en el libro "Humanismo Médico, Educación, y Cultura",² y que señala: "la necesidad de humanizar medicina; la urgencia de poner no solo la ciencia sino también el amor al servicio del paciente; la advertencia de que el primer deber del estudiante y del profesionista es prepararse mejor para servir mejor; el señalamiento de los peligros de la especialización excesiva; el ideal de lograr la autonomía científica y cultural de México; y la fe en el porvenir de la patria. "La ciencia" decía, "no basta para llenar la actividad del científico sino que debe completarla con la cultura humanística. De ella dependerán sus valores éticos, su capacidad de comprensión y simpatía y su espíritu de cooperación social".

Quiero terminar recordando a Miguel Jiménez, quien fue un hombre de amplia cultura humanística, que no obstante la difícil situación que se vivió en México en aquella época con revoluciones e invasiones extranjeras, logró a base de esfuerzo y tenacidad esta integración con una formación hu-

manística que se inició en Taxco y continuó con estudios de filosofía en Toluca, siguió en el Seminario Conciliar de México con esta formación, no para dedicarse al sacerdocio, sino como una solución para integrar su formación; estudió la carrera de medicina en el establecimiento de ciencias médicas que después sería la Escuela de Medicina; recibió el título de médico cirujano el 6 de septiembre de 1838 y continuó cultivando su vocación de médico en el campo de la investigación clínica y de la enseñanza; se hizo cargo en la escuela de medicina de la cátedra de anatomía. Posteriormente impartió la cátedra de patología interna, y a partir de 1845, fue profesor titular de la misma hasta el 2 de abril de 1876 en que murió de cáncer.

Sus cualidades de gran clínico le permitieron adquirir un adiestramiento asombroso en materia de auscultación y percusión, así como de todos los medios físicos de exploración, al grado de que según frase de su tiempo " para él, el tórax era transparente".³ Hizo observaciones y publicaciones de gran importancia sobre el absceso hepático. Su descripción sobre el mismo es magistral y único en su época. El diagnóstico era preciso y el tratamiento el adecuado en una época en la cual no había un medicamento útil para la amiba. Sus

publicaciones fueron múltiples. Su primera publicación sobre el absceso del hígado en comunicación con los bronquios, apareció en el Periódico de la Academia de Medicina en 1842, y la primera publicación en la Gaceta Médica de México, órgano de nuestra Academia apareció en 1866 en el tomo 2, páginas 1-14 de este ejemplar que se encuentra en la biblioteca del Hospital General de la ciudad de México.

El doctor Miguel Jiménez fue fundador y presidente de nuestra Academia no sólo en un periodo. Con su formación y su vocación de médico y maestro, actuó, enseñó y dejó un ejemplo para las generaciones venideras; ejemplo que han seguido varios de los miembros de nuestra corporación y que nos han enseñado lo que debe ser el hombre para ser médico.

Referencias

1. **Lazorthes G.** L'home la Société et la médecine. Ed. Masson. París, Milán, Barcelona 1995.
2. **Chávez IA.** Humanismo Médico, Educación y Cultura Ed. El Colegio Nacional, México, 1978.
3. Fournier VR. Bibliografía Mexicana del Absceso Hepático. La Prensa Médica Mexicana México, 1956.